

EDGAR LEE MASTERS

Guillermo Angulo

El título de capital intelectual de los Estados Unidos —que hoy ostenta indisputada Nueva York, la Gran Manzana— se ha venido desplazando de tiempo en tiempo: primero reinaban soberanos los de Nueva Inglaterra, con Melville, el capitán Akhbar y su ballena blanca a la cabeza. Y, en solitario, la jardinera y poetisa de Amherst, Emily Dickinson quien, tranquila, iba acompañando a la muerte en su carruaje segura de dirigirse hacia la inmortalidad.

Pero, contemporáneamente al florecimiento de la novela realista de principios del siglo XX en todos los Estados Unidos, vino lo que se llamó el Renacimiento de Chicago y esta ciudad —famosa también por los gangsters y cuna, con Al Capone a la cabeza, de la mafia— empezó a disputarle el título a Boston.

A esta nueva capital de la cultura que era Chicago pertenecía Edgar Lee Masters, el más desconocido de los poetas famosos de Estados Unidos, nacido el 23 de agosto de 1869 en Garnett, Kansas. Había estudiado leyes y, mientras ejercía con éxito su profesión (a la que estaba predestinado por tradición familiar y hasta por su primer matrimonio con una abogada), se dedicaba con éxito a escribir. Prolífico escritor, fue autor no sólo de 25 libros de poesía sino también de doce obras para teatro y biografías de personajes como Abraham Lincoln, Walt Whitman y Mark Twain.

Desde que en 1909 Edgar Lee Masters leyó los *Epigramas de la antología griega*, por recomendación de su amiga y editora, Marion Reedy, tuvo la idea de escribir una serie de epitafios en versos libres, en forma de monólogo. En ese ambiente de renovación literaria y artística que era entonces Chicago, Masters empezó a publicar en la revista

literaria *Reedy's mirror* (por entregas y con seudónimo), la *Spoon River anthology*, uno de sus primeros trabajos literarios, terminada ya bajo su verdadero nombre en 1915. En esos poemas buscaba mostrar la vida de los pueblos de Estados Unidos, a través de los relatos de unos 250 personajes que duermen bajo tierra, en la colina de un pueblecito imaginario en la cual abogados, putas, fotógrafos, borrachos, sombrereras, músicos, enamorados, jueces, yerbateros y optómetras cuentan sus vidas. El poeta es movido por la simpatía o la conmiseración, sentimientos mal vistos en la época cuando se manifestaban por los débiles, enalteciendo sus vidas desde la misma muerte.

Sobre el nacimiento de su libro cuenta el autor en *The genesis of Spoon River anthology*:

Los personajes, los temas y sus dramas me venían a la mente más rápido de lo que yo podía escribirlos. Por lo tanto, garabateaba las ideas, y aún los poemas completos, en el reverso de sobres, en las márgenes de los periódicos, mientras iba en el tranvía o estaba en la corte; a la hora del almuerzo o entrada la noche, si ya me había acostado.

[...] Más tarde, al llegar a la oficina, me esperaba sonriente una inteligente joven alemana, mi secretaria, quien los sacaba en limpio de manera impecable.

*El verso libre que yo usaba no era innovador para nadie, salvo para académicos iletrados como William Dean Howells, quien dijo que *Spoon River anthology* estaba escrita en una «prosa deshilachada».*

Parece que la publicación de este libro le restó seriedad y credibilidad como abogado ante su clientela; por ello, después de separarse de su primera esposa e ir por una temporada a vivir en Europa, decidió establecerse en Nueva York. Mientras su nueva esposa, Ellen Coyne, trabajaba como enseñante, él se refugiaba a escribir en el hotel Chelsea, situado en el núme-

ro 222 oeste de la calle 23 y frecuentado en distintas épocas por escritores como Mark Twain, O. Henry, Thomas Wolfe, Dylan Thomas, Arthur Miller, Arthur C. Clarke, William S. Burroughs y Allen Ginsburg. Más tarde, *Spoon River* fue llevada a escena en Broadway y luego representada durante años por todo el país.

Con poca recordación en Latinoamérica, su obra resuena más en Europa que en los mismos Estados Unidos. En Italia, por ejemplo, durante la época del fascismo publicaron una selección de su *Antología* porque les fue presentada a los funcionarios del Ministerio de la Cultura Popular como los pensamientos de *S. River*, y ellos asumieron (estamos en la católica y mussoliniana Italia) que la *S.* no era una abreviatura de *Spoon* sino de san. (A veces uno lee lo que quiere leer). O sea, los epigramas de un nuevo beato americano llamado san River. Si hubieran leído el libro completo se hubieran topado con la sorpresa de una que otra blasfemia.

Más tarde, ya en la Italia liberada y liberal de la postguerra (la Liberación no fue sólo de los estadinenses —ayudados por la mafia— sino también obra de los partisanos), la prestigiosa editorial Einaudi publicó una esmerada edición bilingüe de la obra maestra de Lee Masters, quien fue —sin buscarlo, sin quererlo y sin saberlo— precursor de obras tan importantes como *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, donde también los muertos hablan. Aunque habría que decir que Dante los antecedió a los dos y, entre otros, también los autores de los *Epigramas de la antología griega*, uno de los cuales, traducido por José Emilio Pacheco, dice:

*Yace la abeja en una gota de ámbar,
atrapada en su néctar.*

*Su laboriosidad tejó el sepulcro.
Imposible encontrar mejor destino.*

Anota Cesare Pavese, en sus *Ensayos sobre la literatura americana*, que:

[...] el gran mérito de Lee Masters es haber comenzado en su país la descripción realista, despiadada, de los pueblos de provincia.

Y agrega el autor italiano:

Como los muertos de Dante, que están más vivos que cuando estaban vivos, los muertos de Spoon River prolongan de manera sepulcral todo su descontento y sus pasiones.

Quiso Lee Masters que después de su muerte, ocurrida el 5 de Marzo de 1950 en Filadelfia, sus restos descansaran no en la imposible colina, como sus personajes del mítico Spoon River, sino en el cementerio de Petersburg —con Lewistow uno de los pueblitos de Illinois que se dice inspiraron su pueblo imaginario y en los que había transcurrido su niñez—. Se ve que los recordaba amorosamente, ya que quiso que lo enterraran en uno de ellos. En la loza de su tumba está grabado, a manera de epitafio, este poema suyo, «Mañana es mi Cumpleaños»:

*Buenos amigos: vamos al campo
y luego de una caminata —con el perdón de ustedes—
pienso hacer una siesta. No hay nada más dulce
ni predestinación más bendita que dormir.
Soy un sueño salido de un amable sueño.
Caminemos y oigamos el canto de la alondra.*

EDGAR LEE MASTERS

Chase Henry

En vida yo era el borracho del pueblo;
cuando morí, el cura me negó
cristiana sepultura.

Lo que redundó en mi buena fortuna,
ya que los protestantes compraron este lote
y enterraron mi cuerpo aquí,
cerca a la tumba del banquero Nicholas
y de su esposa, Priscilla.

Tomad nota, ánimas prudentes y pías,
de las vueltas y revueltas de la vida
que honra a los muertos que vivieron en la vergüenza.

El juez Somers

¿Cómo es posible, decidme,
que yo, que fui el más erudito de los abogados;
que me sabía a Blackstone y a Coke
casi de memoria; que pronuncié el mejor discurso
que una corte haya jamás oído y escribí
un memorial que mereció elogios del magistrado Breese —
cómo es posible, decidme,
que yo yaga aquí, sin nombre, olvidado,
mientras que Chase Henry, el borracho del pueblo,
tiene lápida de mármol coronada por una urna
en la que Madre Natura, en forma irónica,
ha plantado una maleza en flor?

Penniwit, el artista

Me quedé sin clientela en Spoon River
tratando de meterle espíritu a la cámara
para captar el alma de la gente.
La mejor de todas mi fotos
fue la que le tomé al juez Somers, doctor en leyes.
Se sentó erguido y me hizo esperar
hasta que pudo enderezar sus ojos bizcos.
Cuando estuvieron rectos me dijo: «Listo.»
Le contesté: «deniego» y se volvió a embizcar.
Lo agarré como solía ser
cuando decía: «Me opongo.»

Julia Miller

Nos peleamos esa mañana
porque él tenía sesenta y cinco años y yo treinta,
me sentía nerviosa y pesada con el niño
cuyo nacimiento me atemorizaba.

Recordaba la última carta
que aquella joven alma alienada
me había escrito
y cuyo abandono escondí
casándome con el viejo.

Luego tomé morfina y me senté a leer.
A través de la oscuridad que invadió mis ojos
sigo viendo la luz parpadeante de estas palabras:
«Y Jesús le dijo: —En verdad, en verdad
os digo: hoy estarás conmigo en el paraíso.»

Margaret Fuller Slack

Podría haber sido tan grande como George Eliot
pero el destino no quiso.
Miren la foto que me hizo Penniwit,
con el mentón apoyado en la mano y los ojos profundos,
grises también y penetrantes.
Pero existía el viejo, viejo problema:
¿Celibato, matrimonio o libertinaje?
Luego John Slack, el rico farmacista, apareció tentándome
con la promesa de libertad para mi novela,
y me casé, trayendo al mundo ocho hijos.
Y ya no tuve tiempo de escribir.
De todas maneras, para mí todo estaba acabado
cuando la aguja me atravesó la mano
lavando los pañales del bebé,
y morí de tétano, una irónica muerte.
Escuchadme, ánimas ambiciosas:
¡El sexo es la maldición de la vida!